

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

ACASO lo he dicho aquí otras veces. Es que me gusta mucho. Cuando justamente empezaba la Edad Moderna, los turcos -que no sabían que con aquello empezaba la Edad Moderna- entraron en Constantinopla metiendo mucho ruido, porque entonces los cambios eran así, no con clavelitos como en Portugal. Y ajenos al fragor de las calles, los teólogos dale que te pego a sus discusiones, que por algo se llaman bizantinas.

Pues he aquí que nuestra propia ciudad hervía hace pocos días en la olla de la emoción más turbulenta. Las clases dirigentes, tanto si elegidas como si designadas, velaban quizás en sus severos despachos, y la ciudadanía toda estaba alerta en un ideal común, el de que España no fuera menos que Alemania. Pero también hubo un curioso reducto por aquello de que la historia se repite. Ponerse a platicar sobre la mujer en la literatura francesa, que si Montherlant, que si la señora Bovary, no deja de parecerse a lo de inquirir el sexo de los ángeles, si la controversia ocurre en momentos de dramatismo colectivo. Aclaremos ya que la Santa Sofía de Bizancio, en este caso, fue la Alianza Francesa de León. Y con un puñado muy nutrido de fieles.

La Alianza Francesa la conocimos inauguralmente, en su mero enunciado, por la portadilla de los textos de nuestro inolvidable don Tarsicio Seco Marcos, catedrático por oposición y algo de la Legión de Honor. Era maravilloso. Para que no cayésemos en la desesperación de los verbos irregulares, "el Tarsicio" nos subía al tren de Hendaya, nos metía en el coche restaurante, y allí ¡hala!, "Garçon apportez-nous une bouteille de vin rouge". De Burdeos, qué caray. Dábamos propinas espléndidas. Luego veíamos castillos; "oíamos las campanas de Orleáns" (pero esto sólo se entiende si se ha visto "Los buenos días perdidos", de Antonio Gala), visitábamos el Louvre...

Muchos años más tarde, porque uno es así de torpe, volvimos a luchar con las excepciones gramaticales, que casi siempre son más numerosas que las reglas. Esta vez en París y bajo el signo de la propia Alianza, en su casa matriz del bulevar Raspail.

Es verdad que a veces me ha dado en la nariz un leve tufillo a paternalismo intelectual. A veces me han irritado periódicos que ignoran a España... salvo si hay un buen descarrilamiento que llevarse a la plana primera. A veces me fastidia que los

franceses se crean tan inteligentes, y mucho más el hecho de que verdaderamente sean tan inteligentes. Pero también es cierto que en mil ocasiones me he sentido rodeado de un ambiente amistoso, amigo yo también de una cultura imperativamente cercana. Siguiendo a Rubén, París -Francia- es nuestra amante. ¡Y quién no sabría perdonar a una amante hermosa alguna breve liviandad...!

Yo celebro y elogio que espíritus atentos mantengan en León un centro tan floreciente. Y por supuesto, no me pesa haberme encerrado con ellos, a la escucha del conferenciante galo -que, oh sacrilegio, por una vez venía de marrón- mientras en el césped de Bruselas se decidía el curso de nuestra historia (futbolística)



MADRID. Tarde de primavera avanzada. Consulado de León en la capital del Reino, de la política, de las artes y las letras. Tocan a conferencia, esta vez sobre el Bierzo; y se pone a hablar un caballero joven, bien trajeado, en cuya personalidad cabe atisbar condiciones de tribuno para tiempos batalladores, que se avecinan. Ovidio González Canedo.

Uno está acostumbrado a asistir a actos semejantes y acerca del mismo tema, con las obligadas referencias -ya en el proemio- al vergel; a la sombra legendaria de los templarios; el manto protector de Nuestra Señora de la Encina. Y claro, sino no suministran esas llamadas a nuestros reflejos condicionados, nos quedamos un poco fríos, desorientados, como si nos hubiéramos equivocado de acto cultural. Es lo que nos pasó. Pero no por demasiado tiempo. Porque en seguida entramos en materia, en danza; vaya si entramos.

Tendríamos que haber tomado nota; deberíamos contemplar ahora mismo, cuando escribimos estas notas, el paisaje (no tan romántico como en Enrique Gil) de los gráficos y las estadísticas, de lo social y lo económico. Pero aunque nos falten datos exactos, si nos ha quedado una musiquilla de fondo, una consecuencia final: la de que no todo es orégano en el monte del Bierzo.

Sospecho que en esos predios occidentales de nuestra, provincia, tan caros al firmante, gentes habrá con opiniones distintas -y respetables- a las de González Canedo. Incluso, con opiniones contrarias. Pero esto, naturalmente, no es lo peor que le puede ocurrir al Bierzo. A ninguna comarca, o país -o casi provincia- con uso de

razón.

POSDATA. En la primera hoja de este trébol dominical, aludo al contradiós que representa ver a un conferenciante francés saltándose las veneradas tradiciones, el estilo de "la Casa". Es que un conferenciante francés, además de pronunciar muy bien el francés, debe presentarse en terno inexcusablemente azul oscuro; y en el ojal de la solapa, una cintita roja, referencia abreviada a su condecoración. (Que allí se dice, por cierto, "décoration". Más funcional y económico.)

Mi mecanógrafa, ruborosa, ha intervenido:

-¿Sabe que Giscard d'Estaing ha jurado el cargo con traje marrón?

No me diga usted más.